

EL PERISCOPIO

Rosa Palo



JULIO IGLESIAS EN FERRAZ

A PARECIÓ Pedro Sánchez y Ferraz se convirtió en el Florida Park: transmutado en el Julio Iglesias que tropezó dos veces con la misma piedra y con el mismo pie, el presidente era un galán cariacontecido. Luciendo un traje azul fúnebre y con la pena y la desilusión como complementos, esta vez los focos no iluminaron su eterna sonrisa, sino un rictus de amargura. Cabizbajo, hizo acto de contrición, confesó que se sentía enormemente indignado y profundamente triste, que había sido el último en enterarse de la traición y que se arrepentía de haber confiado en un compañero de vida y de partido con el que había compartido once años de vino y rosas.

Tras el recital de perdones (hasta ocho), con su encanto de *crooner* minimizó lo de los dos votos de las primarias de 2014 como quien se equivoca en la letra de una canción y anunció una auditoría externa para “eliminar cualquier sombra de duda”, aunque las sombras, con falta de difuminar, ya las llevaba en los pómulos.

Había que enfatizar el gesto de luto, que la decepción va por dentro pero hay que mostrarla por fuera: paradójicamente, aparecer desmejorado era una concesión necesaria para mantener la guapocracia. Y, con ella, el cargo.

Hasta ahora, Pedro Sánchez ha hecho de la necesidad virtud y del escándalo espectáculo, se ha paseado por el fango con la chaqueta al hombro esquivando las salpicaduras con donaire, ha convertido sus fracasos en hitazos y ha seguido cantado mientras el escenario se tambaleaba.

Pero, entretanto, se olvidó de vivir y de mirar a los truhanes que tenía al lado, y por mucho que Tezanos le coloque en lo más alto de las listas de éxitos, parte del público va a dejar de comprar sus discos. La vida no sigue igual. Ni de coña.

EN CLAVE DE HUMOR

Ramón



LA VENTANA

Juan Gracia Armendáriz



ILEGALES

S EGÚN los expertos en neurología, el reguetón excita una zona del cerebro primitiva, donde reside el baile, el sexo y otras pulsiones nada desagradables. Dicen que el origen del ritmo se remonta a los prostíbulos de Babilonia. Vaya usted a saber. Lo cierto es que ese ritmo sincopado con un recitativo cantado por gente que habla como cansada, es el estilo musical más escuchado en el mundo. Será por eso que la voz profundamente conmovida de Pedro Sánchez tras su rueda de prensa, lejos de activar mi cerebro para hacer algo agradable, lo adormeció con su cadencia de fado. Pidió perdón, no asumió ninguna responsabilidad personal, y dijo que tenía muchos defectos. No nos habíamos dado cuenta. Luego se animó un poco y se pasó al pop blandengue y añejo de Hombres G para ofrecerse como víctima y ejemplo de dignidad, no como el PP: Sufre, mamón. Tiene suerte de no ser japonés, por menos de eso allí se evisceran al pie del monte Fuji. Le han traicionado su mano derecha y su izquierda, pero él se enteró de todo en la mañana del jueves. Lo más cerca que he estado del reguetón es la distancia que media entre la acera por donde camino y un coche azul eléctrico, con Bad Bunny a todo volumen. Qué tiempos foridianos aquellos en que Pedro Sánchez rodaba una road movie junto a tres asaltadores de bancos. ¿Escuchaban reguetón? No lo descarto. Por edad, estoy seguro de que les gustan los ilegales. Puedo imaginarlos: “Soy un macarra, soy un hortera, voy a toda ostia por la carretera”. Con los jóvenes que escuchan reguetón me pasa lo que a los viejos de los ochenta, que nos miraban a los habituales del Viceversa como si fuéramos marcianos. No intento entender a los chicos de hoy pero los compadezco, como a los políticos. Lo más moderno que he escuchado es C. Tangana. De ahí para atrás todo es prehistoria y Transición. Dicen que el rock ha muerto. Y es cierto. Mientras escribo estas líneas cae la cabeza de Santos Cerdán y en la l pasan imágenes de Chivite llorando como lady Macbeth sobre un decapitado. Resulta todo tan irrespirable que dan ganas de pasarse a los Sex Pistols.

Va de decencia

C ADA vez resulta más evidente que la sociedad se siente cada día más alejada de la política. No se trata de una cuestión generacional ni de desinterés por lo común, sino de una reacción lógica a un espectáculo que, en demasiadas ocasiones, se aleja de lo que debería ser el noble ejercicio del servicio público. La política, entendida como herramienta de transformación social, está siendo sustituida por el ruido, los escándalos y, lo que es peor, la percepción de que todo está contaminado. Lo vemos con los recurrentes casos de corrupción que salpican a algunos de nuestros representantes políticos. La hemeroteca es implacable. La corrupción es una tentación que aparece allí donde se debilita la ética política y el interés general se sustituye por el interés personal o partidista. Pero limitar la corrupción al terreno político sería un error tan ingenuo como peligroso. Detrás de cada caso de corrupción hay siempre un universo paralelo de intereses empresariales, amistades peligrosas y relaciones inconfesables. Personajes que se dejan cortejar por empresarios sin escrúpulos, dispuestos a pagar favores, ofrecer regalos o comprar voluntades a cambio de contratos públicos, adjudicaciones o licencias a medida. Lo que se vende no es solo el voto: es el propio Estado. El sector de la construcción ha sido históricamente uno de los más implicados en estas tramas, pero no es el único. Mediadores, seguidores, fontaneros de despacho o de pasillo que organizan auténticas redes de intereses cruzados. No suelen ocupar portadas ni dar declaraciones, pero son piezas fundamentales en la maquinaria de la corrupción. A menudo son ellos quienes presionan en la sombra y quienes engrasan el sistema para que todo funcione a favor de unos pocos. Por eso es tan importante no caer en la trampa del relato simplista: esto no va solo de políticos deshonestos, para que haya corrupción tiene que haber corruptores.

Ahora bien, sería profundamente injusto generalizar. No todos los políticos son así. Quedan -y no pocos- políticos honestos, servidores públicos de verdad, personas comprometidas con el interés general y que rehúyen cualquier tentación de privilegio o corruptela. Gente que trabaja en silencio, desde los ayuntamientos hasta el Congreso, y que merecen el respeto de todos. El problema es que el

ruido y el escándalo siempre tapan el esfuerzo de quienes hacen las cosas bien. A todo esto, se suma una práctica rechazable: el espionaje, las grabaciones ilegales, las filtraciones interesadas. Quien graba conversaciones privadas no es un héroe cívico, es un delincuente. Si alguien tiene pruebas de un delito, debe acudir al juzgado. Las personas honestas no necesitan grabar a nadie ni se asustan porque otros les graben. Quien no tiene nada que ocultar no solo no teme a la justicia, sino que, si es necesario, va a su encuentro para que se investigue todo y se aclare cuanto antes.

Lo que no se puede permitir es jugar al juego de la conveniencia: criticar a los jueces cuando el fallo no me gusta y aplaudirlos cuando me conviene. Ese vaivén oportunista solo alimenta el desapego ciudadano. ¿Cómo queremos que los ciudadanos confíen en la política si quienes deben dar ejemplo se dedican a instrumentalizar las instituciones según sopla el viento electoral? Ya lo advertía Manuel Azaña: “La política no se hace con sentimientos, sino con ideas claras y responsabilidades asumidas”. Incluso desde el punto de vista legal, el artículo 262 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal es claro: quien tenga conocimiento de un delito tiene la obligación de denunciarlo. No es una recomendación, es una exigencia legal.

Este no es un problema de derechas o de izquierdas. Es un problema de decencia. Porque sin ética pública y sin integridad en lo privado, no hay democracia que resista. Si no somos capaces de entenderlo, seguiremos alimentando ese cinismo que convierte a muchos ciudadanos, jóvenes en especial, en escépticos o directamente en abstencionistas. Y eso es una derrota colectiva. La regeneración democrática no se construye con eslóganes vacíos ni con golpes de pecho en campaña. Se construye con coherencia, con ejemplaridad y con responsabilidad. Porque la política debe ser el espacio donde se defiende lo común, no un mercado donde se subastan favores.

Eradio Ezpeleta



Eradio Ezpeleta Iturralde. Criminólogo. Ha ejercido la política